

ARABIA, CORAZON DEL ISLAM

I. LA TIERRA, EL HOMBRE Y ALÁ, SOBRE TODO

LA angosta fosa de las aguas del Mar Rojo, de un par de cientos de kilómetros, o la más reducida aún de los arenales de la península del Sinaí, son los únicos obstáculos que separan el reino de Egipto, cabeza del Islam, de su corazón, la mística Arabia, cuna y solar de sus esencias más puras, a la vez que santuario de sus más veneradas tradiciones. Es vecindad tan íntima en lo geográfico, pero incomparablemente más aún la entrañable afinidad espiritual, lo que pone en íntima relación El Cairo y su Universidad de El Azahr y La Meca y su Kaaba, por lo demás separadas de pocas horas de vuelo. Esto no excluye, sin embargo, abismales distancias políticas, culturales y económicas, y en hecho tan paradójico se pone de manifiesto una de las características básicas del Islam moderno: su heterogeneidad política en pugna con la homogeneidad espiritual, divorcio, en definitiva, entre el corazón y la cabeza, que en tantas esferas de la vida individual y social acaece y que, en el caso de Arabia y Egipto, resalta más claramente por su material propinquidad. Proyectado en la dimensión morfológica cultural, el dualismo Egipto-Arabia equivale al de Progreso y Tradición; uno y otro valor encarnado, más elocuentemente que en parte alguna del Islam, en sus metrópolis de El Cairo y La Meca. Y las breves horas de vuelo aludidas valen por otros tantos siglos de inmersión en

la cima de la Historia. Egipto es la esperanza y orgullo juvenil del Islam, las posibilidades inagotables de riqueza y poderío; Arabia, su arsenal espiritual, su ejecutoria de nobleza, el pasado, en fin, sin el cual el futuro no tendría razón de ser en lo histórico como en lo metafísico. Egipto es la tierra de los hijos y Arabia la de los padres, la de los muertos, vinculadas ambas en perspectivas de eternidad, lo que invita, en todo estudio de conjunto sobre el islamismo, a comenzar por esta última la exposición sistemática de sus problemas.

Arabia es, como todo el mundo sabe, y en atención al contenido geográfico del nombre, la gran península incrustada entre las dos inmensas moles continentales de Asia y Africa, y posee características de uniformidad que rara vez se dan en espacios tan dilatados. Los millares de kilómetros no desempeñan en ella papel alguno apreciable, y sea su costa la mediterránea (comprendida en el estricto sentido geográfico y racial, aunque no en el político), la del Mar Rojo o la del Océano Indico, la tierra y los hombres son los mismos, cual si sus arenas de oro y su sol abrasador tuvieren mágicas cualidades para fijar la permanencia en contradicción con todas las leyes del espacio. Por si ello fuese poco, tal característica de uniformidad se repite en el tiempo también, y el árabe de hoy, en su individualidad como en sus ciudades, aun las más populosas, vive en lo esencial absolutamente igual que hace mil años. No se busquen, pues, en tierra de Arabia, esos contrastes que hacen la delicia de los viajeros en las de Egipto, Líbano o Siria, a la vez que el tormento de sus gobernantes, el «fellah» faraónico codeándose con las elegantes damas vestidas a la última moda de París, ni los templos milenarios en la vecindad de los rascacielos ultramodernos, ni los minaretes alternando sus siluetas con los campanarios de las iglesias y los reclamos luminosos de los cines. Arabia es una en el espacio como en el tiempo, con una tal constancia de idiosin-

crasia histórica y territorial como no hay otro ejemplo en el mundo. La India milenaria y la propia impasible China han conocido y conocen, aún más en nuestros días, convulsiones terribles que han puesto a prueba la solidez de sus cimientos y los han conmovido en alto grado; pero todo esto le ha sido ahorrado a la Arabia, que enlaza la era pastoral de la humanidad con la atómica, sin una alteración notable de su fisonomía.

En lo superficial y periférico, pues lo dicho vale sólo para las cosas íntimas y sustanciales, fácilmente pueden constatar-se algunos hitos de diferenciación temporal y espacial. Ha habido, naturalmente, guerras y querellas sin cuento; se han sucedido dinastías y sectas; hasta el primer año del presente siglo ha presenciado el surcar las arenas del desierto el ferrocarril de Damasco a Medina, y, en fin, la entreguerra sembró en muchas de sus tierras la vegetación acerada de los extractores de petróleo, a la vez que pobló sus cielos con el zumbo de los trimotores, sirviendo las nuevas líneas comerciales de comunicación aérea. Y, sin embargo, todo esto no es nada, o casi nada, en comparación con las inauditas fuerzas de resistencia de lo ancestral, tan profundamente enraizadas en estas tierras y en estas almas. Mientras Egipto se europeiza o levantiniz a ojos vistas, Japón y China se americanizan y hasta los negros del centro de Africa sueñan con ir a boxear al «Madison Square» o a bailar a Montmartre, el árabe de Arabia no siente, no ya nostalgia, sino ni siquiera la curiosidad, a la vista de los colosos acerados de la T. W. A. que surcan constantemente su cielo. Sus ciudades del interior, no sólo La Meca y Medina, sino otras muchas, están vedadas al acceso de los infieles, incluso a los representantes diplomáticos, y en ellas se desconocen las bebidas alcohólicas, los cines y espectáculos y todo lo que de cerca o de lejos fuere extraño a las más estrictas tradiciones islámicas. Sólo un puerto,

el de Djedda, en el Mar Rojo, está asignado, a modo de cuarentena, al extranjero infiel, siendo residencia obligada de los agentes diplomáticos y consulares, por lo que los árabes ortodoxos lo miran cual nido de abominaciones. En cuanto a los campos petrolíferos, en los que los americanos han erigido, como por arte de magia, ciudades prefabricadas con piscinas, clubs y casas refrigeradas, quedan, por ventura, muy lejos de los santos solares de la Arabia propiamente dicha, allá en la costa oriental, en los confines de Persia. Por otra parte, los incontables dólares que el buen rey de Arabia embolsa a cambio de estas insignificantes concesiones a los infieles servirán para mayor gloria de Alá, quién sabe si para batirles un día con sus propias armas y volver a instaurar las glorias más remotas, pero siempre anheladas. Y el «cheik», campesino que se enriquece con las expropiaciones y servidumbres de paso de los oleoductos, no cambia sus sedas y atuendos por los paños londinenses, como el de Egipto, Siria o Irán, ni envía sus hijos, como ellos, a estudiar a los colegios europeos o americanos; guarda su oro rubio adquirido a cambio del negro líquido y sigue cultivando sus pobres campos de moca o haciendo pastar sus rebaños de cabras y camellos, como si esto constituyese su suprema riqueza. Hasta el beduino cuya vida es tan dura y mísera en el eterno vagar por las dunas en busca de remotos pastos, rara vez acepta los magníficos salarios que las compañías petrolíferas les brindan, mirando como la mayor de las desgracias y humillaciones el tener que trocar sus albas tocas de algodón por el azul proletario; razón es ésta por la cual casi el 90 por 100 de los obreros del petróleo son en Arabia de procedencia siria, libanesa o sudanesa, pese a los grandes gastos de transporte que originan; lo que da lugar, de otra parte, a que en la Arabia saudita no exista un proletariado en el sentido moderno de la palabra.

Estos hechos, constatables hoy, ¿durarán mucho tiempo?

¿Podrá la Arabia inmutable resistir la última ofensiva contra sus tradiciones que se cela en lo profundo de sus inagotables veneros de oro negro? De no haber surgido esta insospechada riqueza, cuya historia parece más una fábula que una realidad, la permanencia de las esencias del arabismo parecerían garantizadas quizá hasta la consumación de los siglos; pero en las condiciones actuales, la lluvia de oro que amaga caer sobre el país en que no llovió nunca es evidente que las pone en riesgo con más inminencia que acaecimiento alguno de su historia. Las falanges de Alejandro, como las centurias de César y hasta las hordas mongólicas, se pararon ante estas olas de arena como ante las del océano ignoto de Occidente. Hubo en Petra, en el extremo norte del país, otro «Finis Terræ» y otro «Non plus ultra» tan enigmáticos como los atlánticos; pero si los guerreros de antaño no osaron salvarlos, los ingenieros y «businessmen» de ahora no se arredran por nada ni ante nada, y serán bien capaces, si la ocasión se presenta, de ir a buscar los pozos de nafta bajo la piedra negra de la santa Kaaba. Que haya en sus «jeeps» y aviones otros tantos caballos de Troya parece cosa descontada; ahora bien: que triunfen o no, será cuestión de las oportunidades políticas o quizá bélicas del momento en la hora X en que el conflicto se plantee. En la actualidad nos hallamos todavía en el estadio de las escaramuzas psicológicas, en las que el Islam de Arabia parece triunfante; en él, al menos, suena todavía a blasfemia el impío y cínico apotegma que triunfó en Persia, el «Allahha Akbar, Neft Akber», es decir, «Alá es grande, pero el petróleo es más grande aún».

Tornando a lo geográfico, ya que lo económico, por su complejidad, merece capítulo aparte, conviene puntualizar cómo la uniformidad física de la península arábiga está fortalecida por la racial en manera no menos categórica. Este segundo hecho, tan importante y definidor de la política, his-

toria y porvenir de Arabia, distingue a ésta de todos los demás Estados medio orientales (quizá con la única excepción del de Transjordania), que están constituídos por un mosaico inextricable, en lo etnográfico y lo confesional, que agudiza extremadamente sus problemas, muchos de los cuales no tienen razón de ser al Sur del Jordán. En un espacio de terreno del tamaño aproximado de Alemania, Francia, Inglaterra, España, Portugal e Italia juntas, con un paisaje intermitente de rocas, arenas y escasos oasis polvorientos, vive un solo pueblo; el árabe; con una sola fe: la del Islam, que aquí lo es en su sentido teológico-filológico quizá como en ningún otro lugar del planeta («Islam» vale tanto como «sometimiento a la voluntad de Dios»).

El término de árabe, que la historia ha extendido desmesuradamente para designar fenómenos lingüísticos y artísticos, hasta confundirse muchas veces con el religioso de islamismo (lo que aun siendo erróneo no deja de ser sintomático), comprende, en lo etnográfico, un relativamente reducido número de tribus de sangre semítica oriundos de la península, y que sólo en ella siguen constituyendo absoluta mayoría. El árabe puro, el beduino semita del desierto, sólo conserva sus características raciales en contacto permanente con su paisaje y condiciones de vida trashumantes. Cuando las pierde y se fija en las ciudades, en las costeras sobre todo, deja de ser, en el espacio de pocas generaciones, un árabe en sentido estricto, pasando a engrosar la legión de mestizos desarraigados que en nuestros días ha pasado a ocupar el primer plano político-económico del Medio Oriente y que se traduce en el término topográfico y psicológico de «levantino». Y como solamente en la península arábiga persisten las condiciones de medio propicias al nomadismo y a la vida integralmente desértica y de oasis, tan sólo en ella el árabe vive plenamente su vida ancestral. El beduino que en Egipto, Siria o Irak

mismo hace figura de extranjero o, todo lo más, la de par entre pares, vive en señor absoluto en Arabia gracias a la más perfecta compenetración de alma y paisaje que pueda imaginarse.

La población árabe se divide, fundamentalmente, en dos grandes grupos: la sedentaria («haradi») y la nómada («bedavi», con su plural de «bedu», de donde procede el término «beduino»), pero esta última es la que ha hecho la historia, aunque la otra sea la que la escribe y la aproveche. Las relaciones entre una y otra no son siempre cordiales, y la historia de Arabia no es otra que la del perenne pugnar entre dos elementos humanos cuyos lazos de hermandad («Kuhé») son a menudo venales y rara vez permanentes. Los árabes beduinos, señores del desierto, que es su única patria y su ley, se agrupan, para las más elementales necesidades de la vida, en tribus más o menos compactas que todavía son susceptibles de clasificar en otros dos grupos: el de los «Ahl-Ech-Chemal», gentes que emigran al norte del valle del Jordán y que se esparcen por tierras del Nilo al Eufrates, y el de los «Ahl-El-Kibli», que permanecen fieles a las duras condiciones de vida de la península. Es típico de estos últimos un género de existencia, por decirlo así, mixto, de trashumancia y ciudadanía, así como un mínimo de arraigo a la tierra que otros beduinos desconocen totalmente. Tal alianza de las virtudes del desierto con los hábitos de la ciudad, templando la salvaje anarquía de los árabes originarios, dió a los de la zona del Hedjaz el poderío que les constituyó un día en señores de medio mundo, pues de su grupo salió no solamente el Profeta, sino la simiente de los primeros Califas forjadores del Islam. Y los que todo lo tuvieron y todo lo perdieron en el más caprichoso golpe de dado que conoce la Historia, han tornado de los alcázares de Granada y Bagdad a sus tiendas negras de piel de camello sin aparentes penas

ni nostalgias. Alá lo quiso, y el Islam es el sometimiento a la voluntad de Alá.

Es curioso, en efecto, constatar que, en tanto que el mestizo levantino de Alejandría, Jerusalén o Beirut, que probablemente no guarda en sus venas una sola gota de sangre árabe puro, pasa su vida de café soñando glorias pretéritas que jamás fueron suyas, el señor del desierto se ríe de semejantes quimeras y sólo se preocupa de la salud de sus rebaños y, eventualmente, de conseguir alguna buena concesión petrolífera. Y es que el desierto, pese a su decorado romántico, es una magnífica escuela de realismo, ya que en su atmósfera purísima no hay lugar a nebulosidades propicias al ensueño. Bien que idealista en lo esencial, el árabe es realista y hasta materialista, si se quiere, en el resto de sus actividades, con lo que no desmiente la pureza de su casta semítica y la hermandad de Ismael e Isaac. El dato, a menudo desconocido por obra de los prejuicios estereotipados por las leyendas, es básico para juzgar las reacciones algo extrañas de la Arabia de hoy. Así, por ejemplo, la de su rey, que embolsa tranquilamente los millones aportados por los infieles, pero no les deja entrar en su capital; que se considera custodio de las tradiciones árabes, pero que hace sorda oreja a las promesas y embelecocos que le prodigan otros soberanos, que de árabes sólo tienen el nombre. Cuando al agudizarse el problema palestinese éstos le sugirieron como medio más idóneo de captarse las voluntades americanas la amenaza de anulación de las concesiones petrolíferas, el señor de La Meca dijo, o si no lo dijo lo pensó y obró en consecuencia, que los negocios son los negocios y la política una bagatela al lado suyo, ni más ni menos que cualquier Mr. Levy de Wall Street a quien se hubiese propuesto igual ruinosa operación. Los santones «levantinos» del arabismo pusieron el grito en el cielo en sus clubs y cafés de las grandes ciudades, hablaron de traición

y materialismo; pero al obrar así, Ibn Saud no se apartó una pulgada del modo de ser de los de su raza, en la que el fanatismo y el realismo se aúnan de modo difícilmente explicable para las mentalidades occidentales.

El árabe de Arabia, conforme a su progenie beduína, siente poca atracción por las ciudades, no conociendo otros vínculos efectivos que los de religión, secta y tribu; es la razón por la cual, fuera de las urbes de La Meca y Medina, por su significación religiosa, como cuna y sepulcro del Profeta, las demás del país ofrecen un carácter de inestabilidad que más las emparenta con las tiendas beduínas que con las metrópolis del extranjero. La mayoría de ellas se alinean a lo largo del inmenso perímetro de la costa, desde Akaba, en el Mar Rojo (que políticamente pertenece a Transjordania), hasta Al Kuwait, en el pérsico, espaciadas por centenares de kilómetros y pobladas por los elementos generales menos puros del arabismo. Carecen estas ciudades de monumentos, como de tradición y de atracción sentimental, siendo miradas por el árabe tradicionalista cual un mal necesario, pero siempre desagradable, que no merece la más mínima consideración. En cuanto a las del interior, aun las capitales de Estado, como Sanna, en el Yemen, o Ryad, en el Najed, son a modo de grandes campamentos de yeso y barro que cumplen su función de orientadoras de caravanas, ni más ni menos que un montón de rocas o un soto de palmeras.

En esta superficie de desesperante monotonía, que comprende un millón de millas cuadradas, donde todo es movidizo: los hombres (aproximadamente unos diez millones), las tierras y hasta las ciudades, se comprende que el papel de la geografía política sea totalmente elástico y, en definitiva, tan artificioso como en el mar. También éste tiene sus denominaciones, sus límites y sus señoríos nominales, que no se ejercen en la realidad más que en el radio de acción de las bate-

rías artilleras, sucediendo lo mismo en la península arábica. Hay Estados en número prodigioso, límites y nombres pomposos, que constan en los atlas y en los tratados, pero que al árabe le dicen muy poco, naciendo y desmoronándose con la facilidad de las dunas de arena en que se asientan.

Los antiguos geógrafos habían zanjado la enojosa cuestión de clasificar la inmensa Arabia en las tres zonas cuyos nombres pintorescos de Petrea, Feliz y Desierta aún se enseñan en las escuelas, pero esto de nada vale en la geopolítica actual, que, a su vez, será seguramente modificada en el transcurso de pocos meses o años. Limitándome a la península propiamente dicha, y de Norte a Sur, a partir de las nuevas fronteras de Transjordania e Irak, se halla la zona costera de tierras bajas y arenosas que constituye el Hedjaz, ilustrado por la presencia de las urbes santas de La Meca y Medina, y por los puertos de Akaba, junto al Sinaí, y de Djedda en el extremo sur, sirviendo éste de acceso marítimo a La Meca. Más al Este, ocupando las grandes sábanas centrales entre el Mar Rojo y el golfo pérsico, se extienden El Nefud y El Nejed, formando con el anterior y con la zona pérsica de Al Hasa el Estado unitario conocido con el nombre de Arabia Saudita, por la denominación gentilicia de la dinastía reinante. Forma, pues, este núcleo lo que generalmente se entiende por Arabia, antonomásicamente, la sola que cuenta en la historia como en el presente. Se debe ello no tanto a su cohesión y grandeza, pues cuenta una superficie de 35.000 kilómetros cuadrados, con una población de más de cinco millones de almas, como al hecho de contar en el ámbito de su soberanía con los dos centros clave de su potencia: La Meca en el extremo occidente y Dahram en el oriente.

La Meca es de sobra conocida en sus líneas generales, y, a pesar que su acceso siga prohibido a los extraños, abundan las descripciones de su Gran Mezquita de la Kaaba, sus fies-

tas y peregrinaciones, que traen anualmente a su seno millones de devotos de todos los confines del Islam y a su rey millones de monedas de oro, pues este soberano legendario y práctico no acepta otro tributo de propios y extranjeros que el del áureo metal. En cuanto a Dahram, es inútil buscarla en los atlas, si no son modernísimos, de tres o cuatro años. Se halla, en cambio, y señalado con letras bien grandes entre gran lujo de rayas y guarismos, en los anuncios de navegación aérea mundiales y, muy especialmente, en las obras de economía petrolera. Es Dahram una de las más jóvenes ciudades del mundo y de las de porvenir más próspero, habiendo surgido de la nada en el más desolado panorama del golfo pérsico. A tantos millares de kilómetros de América, es el exponente más genuino de americanismo cien por cien, la última palabra de la técnica y de la improvisación contra las condiciones de emplazamiento más desfavorables que un urbanista pudiera imaginar. Con su veintena de millares de habitantes, de los que la mitad son obreros indígenas o de otras regiones mediorientales y el resto técnicos y empleados americanos de la «Caltex» (combinación financiera de la «Californian Standard» y de la «Texas»), es un trozo de los Estados Unidos trasladado al desierto arábigo en un alarde de voluntad sin par en la historia de la arquitectura. En menos de media docena de años se han apartado los arenales para hacer plaza a verdes praderas, como las de Vermont; capillas góticas, templetos neoclásicos, almacenes, bibliotecas, escuelas, piscinas, campos de deportes y barriadas de villas individuales limpias y bellas como maquetas. Todo ello prefabricado, «made in U. S. A.», con poderosos aparatos de refrigeración eléctrica que hacen de este rincón, antes infernal, un verdadero paraíso de comodidad y frescor. Cualquiera pudiera creerse en un balneario de moda de la Florida, a no ser por el fondo desierto implacable que acecha por doquier y en el que

se destacan las escuálidas siluetas de las torres perforadoras de petróleo cual gigantescos «mecanos». Cerca de 200.000 barriles diarios del precioso líquido produce el campo de Dahram, uno de los más ricos del orbe, rival del de la isla de Bahrein, que emerge a pocas millas de su costa y que, como más adelante se verá, constituye uno de los puntos neurálgicos de la política mundial en el Medio Oriente. Dahram, la nueva Meca del petróleo, simbólicamente colocada frente a la otra al lado opuesto de la Arabia saudita, es americana por solemne y exclusiva concesión de Ibn Saud, y lo será hasta 1999, fecha en que el contrato estipula su reversión a la Corona. Por eso, y hasta entonces, si algún cataclismo internacional o geológico no sobreviene, flota orgullosamente sobre tanta maravilla la bandera de franjas y estrellas, hermanada por consideraciones de política cortesía con la pintoresca saudita, roja con el alfanje del Islam cruzado en soter.

2. LA ARABIA ROMÁNTICA DEL CHERIFIATO DE HUSSEIN

La tierra de Arabia, cuyas características geográficas actuales acaban de esbozarse, tiene una historia no menos extraña y peculiar, rebelde a todas las normas morfológicas generalmente válidas. Callada durante siglos y siglos, desde que Caín buscó refugio en sus desiertos para huir del ojo justiciero del Señor, impuso su clamor al mundo entero un día, precisamente el 16 de julio del año 622 de nuestra Era, el de la Hégira o «Huída», en que un oscuro beduino de la tribu de los kureichitas, llamado Mahoma, escapó de su ciudad natal de La Meca para empezar su labor de proselitismo y combate llamada a cambiar la faz de la Historia Universal. No hay lugar geográfico en el mundo, fuera del pequeño Belén, apenas un millar de leguas más al Norte, que haya des-

empeñado, por el solo hecho del nacimiento de un hombre, un papel tan definitivo en los destinos mundiales como ese pobre hacinamiento de adobes y viejas piedras que es La Meca. De sobra conocidas son las vicisitudes históricas y legendarias de la vida de Mahoma, desde la visión del monte Hira hasta su muerte en Medina el 6 de junio del año 632. Jamás salió su persona de estos paisajes de la Arabia central, que le vieron nacer como pastor de ovejas y morir como profeta, y que, desaparecido de ellos, volvieron nuevamente a permanecer en el silencio de la Historia. Quedaba éste turbado, solamente una vez por año, al sobrevenir el mes de las peregrinaciones, el «Duel-Hiddje», en que el mundo musulmán se vierte en gran parte sobre La Meca para postrarse de hinojos junto a la Kaaba y comer el día del Gran Bairam los corderos rituales. El centro político se desplazó ya definitivamente a muchos miles de leguas de allí, al Norte, a Damasco; al Este, a Bagdad, o al Oeste, a la lejana Córdoba o al cercano Cairo. Silencio de siglos en que la Arabia fué sólo una expresión geográfica emocional, casi lindante, al menos para Europa, con la mítica infantil del país de los camellos, los Reyes Magos y los bellos cuentos.

En la interminable somnolencia del imperio otomano, en el que nominalmente estaba incluida, nadie codició ni se preocupó de la suerte de Arabia, con su insignificante producción de café moca y goma de pegar, al menos hasta que la primera guerra mundial estalló en el funesto verano de 1914. Los estrategas, entonces, lanzaron sus miradas sobre el mapa del Medio Oriente, en el que el gran espacio blanco de la península arábiga guardaba, no menos eficazmente que Suez, las rutas del Imperio británico. Su posesión en manos del turco, aliado de Alemania, suponía gravísimo riesgo, máxime que desde 1901 existía un ferrocarril de Damasco a Medina, ramal del de Bagdad, hecho con fines piadosos de peregrina-

ción, pero que fácilmente podía servir a los bélicos. Era, pues, preciso a la causa aliada ganar aquellas ingratas tierras y estudiar en ellas, sacándolas del olvido milenario en que yacían. Entonces se supieron muchas cosas, y de esas fechas data la historia de Arabia.

Entre la caótica multitud de principados, emiratos y tribus que poblaban su vasta superficie, la costa norte occidental, la más valiosa de todas por comprender La Meca y las proximidades del canal de Suez, era regida por un gran señor beduino, de nombre Hussein Ibn Ali, de la nobilísima familia Haschemita, en la que se vinculaba el emirato hereditario de La Meca desde su fundador Abu-Aziz-Katacha-Ibn-Idriss en 1220. Como todos los cherifes, que dicho sea entre paréntesis forman legión de millares en todo el Islam, envaneciase de llevar en sus venas sangre del Profeta; pero su indiscutible superioridad no era ésta, sino la de regentar el «Hamarain», esto es, la región de las santas ciudades del Islam, fuente pingüe de ingresos constantes, a causa de las peregrinaciones de los fieles, que enlustraban gratamente sus otros títulos y privilegios espirituales.

Era Hussein hombre ya viejo, sexagenario, pero pleno de vigor, de audacia y de esperanzas, con los defectos y calidades de la raza beduina, con la extraña mezcla de idealismo y utilitarismo a que ya se hizo referencia. A pesar de su altivo título de «Emir Señor de los Señores y de los Hombres», fué fiel durante largos años a la normal soberanía otomana, con la que guardaba más íntimas relaciones que otros cabezillas árabes, por el hecho de las peregrinaciones. Se sometió inmediatamente a la declaración de Guerra Santa proclamada en mala hora por el Califa Mohamed Rachid V el 30 de octubre de 1914, y hasta envió un ejército soberbio de mil quinientos hombres mandado por su hijo favorito, aunque no primogénito, Feisal, diputado árabe en Constantinopla y más

tarde rey de Damasco, primero, y de Bagdad, después. Otro hijo, Abdulah, más tarde rey de Transjordania, era presidente del Parlamento turco, mientras que el primogénito Ali y el último, Zeyd, quedaban en La Meca a la vera del anciano cherif.

De creer a Gemal Pachá, generalísimo turco en Asia, Hussein, al mismo tiempo que le ofrecía estas fuerzas, se entendía secretamente con los dirigentes británicos de El Cairo por dinero contante y sonante que le indemnizase de la forzosa supresión de las peregrinaciones a consecuencia del bloqueo. Cierto o calumnioso este último detalle crematístico, el hecho de la intriga era indubitado, quedando patente el día en que arribando el acorazado «Emdem», tras ímprobos esfuerzos a la costa de Asir, el cherif ordenó a sus beduínos la prisión de la tripulación y armas desembarcadas. A cambio de éste y otros servicios, La Meca y su región, a pesar de todos los bloqueos, siguió perfectamente abastecida desde Egipto, mucho mejor, desde luego, que Estambul, Viena o Berlín, sus teóricos aliados.

Pero el golpe más decisivo de los súbditos de Hussein contra los turcos vino de manos de su hijo Feisal, el destacado en el campo de Gernal Pachá. Cuenta el coronel Lawrence en *Los Siete pilares de Sabiduría*, la trágica e irónica escena acaecida en Medina en ocasión de un brillante desfile de las fuerzas beduínas ante su príncipe, acompañado por los generales turcos Gemal y Enver. Mientras éstos felicitaban al árabe por su celo en aportar tan magníficas tropas a la causa común, uno de los beduínos se acercó a su señor preguntándole al oído: «¿Debemos matarlos ahora?». A lo que el príncipe contestó indolentemente: «Ahora no, porque son mis huéspedes». Esto sucedía en la primavera de 1916, cuando las ejecuciones en Damasco de los cabecillas sirios sublevados contra los turcos. Para el Gran Cherif de La Meca, el hecho de

que los «perros» —nombre comúnmente dado por los beduinos a los otomanos— se permitiesen llevar a sus horcas a señores árabes de la mejor raza, aunque fuesen traidores, era motivo más que suficiente para justificar plenamente la deserción. Sus tentativas para salvar a los sentenciados fueron vanas, y la famosa «revuelta del Desierto» comenzó oficialmente el 2 de junio siguiente por tal motivo con el ataque y conquista del puerto de Djedda, favorecido desde el mar por la escuadra inglesa.

Fuesen las razones de venganza por la ejecución de los patriotas árabes sirios, o las menos elevadas de las libras esterlinas del Alto Comisario del Cairo, las que determinasen el ánimo de Hussein a tomar tan grave determinación, el resultado querido era la erección de su soberanía cherifiana en realeza y su reconocimiento como rey de Hedjaz. De todos modos era insólito que un cherif de La Meca se alzase por razones temporales contra el Califa de los creyentes en plena Guerra Santa aceptada. Por eso el astuto anciano, al mismo tiempo que lanzaba sus beduinos contra los turcos, se apresuró a suscribir un manifiesto al Islam en el que «urbi et orbe» estigmatizaba la impiedad del Califa por haber dispensado del ayuno a sus soldados durante el tiempo de guerra. Con tal argumento teológico el Gran Cherif aplacaba su conciencia y la tampoco muy exigente de sus fieles beduinos que, como sus antepasados del siglo VI, se lanzaron como un vendaval incontenible a la conquista de las fértiles tierras del norte.

Lawrence ha narrado en su libro incomparable, y son ya del dominio público, las épicas hazañas de la guerra beduina, en la que él mismo llevó parte tan decisiva como lugarteniente de Feisal. Por lo demás, pertenecen no a la historia de Arabia, sino a la de los nuevos reinos que surgieron ante su empuje, el de Siria y el posterior del Irak, con que la paz de

Versalles premió incompletamente sus ambiciones de restauración omeyada.

Hussein, mientras sus hijos cabalgaban en conquista de cetros y coronas, quedó en La Meca acariciando el supremo sueño de su vida: el de suplantar al Sultán de Constantinopla en su calidad de Califa, señor espiritual de todo el Islam, para lo que se creía con mayores títulos que ningún otro príncipe, por su sangre y por cumplir la condición de dominar efectivamente en las santas ciudades. Gestor de estos manejos cerca de Lord Kitchener y de Mac Mahon en El Cairo, fué su hijo mayor, Alí, pero los ingleses no se decidieron a dar un paso tan decisivo como el de desplazar «manu militari» la dignidad califal, lo que seguramente hubiese disgustado a otros súbditos musulmanes, los de la India, principalmente, muy puntillosos en tales extremos. El Califato no llegó, pero sí, el 4 de noviembre de 1917, el título de rey de Hedjaz y una verdadera lluvia de libras esterlinas distribuídas así: 8.000.000 de una vez y una subvención mensual de 200.000 libras para el monarca, 120.000 para su hijo Feisal, el héroe de la revuelta; 47.000 para el primogénito Alí, 65.000 para Abdullah y 25.000 para Zeyd, con la sola condición de mantener sus mesnadas, aunque, por su parte, cada voluntario beduino percibía diez libras mensuales de soldada.

Tanta fortuna no aplacó la ambición de Hussein, empeñado, ya con manía senil, en su idea de usurpar el Califato. Con la paz, esta esperanza se hizo más lejana, puesto que en Estambul, aunque Mustafá Kemal acabó con la realeza del Sultán, conservó en un principio su dignidad espiritual de Señor de los Creyentes. En su desesperación, parece ser que acudió en 1924 al extremo de solicitar la alianza de Lenin, como hubiese solicitado la de los mismos «iblis», los demonios de la escatología musulmana. Se ignoran, naturalmente, los términos precisos del pacto entre los señores de La Meca

y el Kremlin, pero cuando el 3 de marzo del mismo año la Asamblea Nacional turca votó al fin la abolición del Califato y el destierro de Abdul Medjid, su último titular, Hussein se lanzó sobre el puesto vacante, de su propia autoridad, fingiendo la comedia de una solicitud de los peregrinos de La Meca que prestaron, a la propuesta de su Gran Cadí, el «bay ah» espiritual de aceptación. El 11 de marzo, es decir, ocho días después de la votación de Ankara, se hizo la proclamación del Califato y máximo Imanato en los términos siguientes: «Puesto que el Reino Haschemita y el territorio bendito del Hedjaz han sido la cuna del islamismo y el lugar en que apareció su luz, y puesto que por providencia del Altísimo se han conservado siempre puros de toda mácula, según las normas del Libro de Dios y de la «Sunna» de su Enviado el Profeta, éstas se aplican en todo su rigor, y con arreglo a ellas el «bay ah» legítimo queda investido de la alta calidad de Imam Supremo y Califa de los Creyentes, el Cherif de La Meca, Rey del Hedjaz, Sombra de Dios y Ramo del Arbol del Islam, altísimo y poderosísimo Señor de los Hombres, Hussein Al-Haschin Ibn-Alí, de la familia de Ben Katala, de la tribu de Haschim».

De este modo coronábase la carrera del anciano Cherif, que nacido en 1853 cumplía entonces setenta y un años. No le duró mucho tiempo la satisfacción, apenas medio año, y el golpe no le vino de ninguna gran potencia, entre las que siempre se desenvolvieron sus intrigas, sino de otro oscuro soberano, beduino como él, sultán del vecino Estado del Nejd, que, indignado de las maniobras impías del nuevo Califa, se lanzó con sus hordas enfervorizadas de santo celo «wahabita» sobre sus tierras, tomando el 13 de octubre del mismo año 1924 La Meca y dando al traste con la corona del Hedjaz y con el Califato. Hussein abdicó su legítima y originaria calidad de Cherif en su primogénito Alí, que quedó

algunos meses defendiendo Djedda, y huyó a bordo del barco inglés «Corn Flower», que le esperaba en Akaba para trasladarle a Chipre. De dicha isla pasó, algún tiempo después, a Amman, capital del reino de su segundogénito Abdullah, donde murió el 4 de junio de 1931. Su cadáver fué piadosamente trasladado por el propio Abdullah y Feisal a Jerusalén, recibiendo solemne sepultura en su gran mezquita como último Califa del Islam.

3. LA ARABIA SAUDITA, MÍSTICA Y PETROLERA

La historia de la Arabia haschemita, del Hedjaz más bien, pues no otros límites alcanzó nunca el poderío de Hussein en la península, fué un brillante y romántico meteoro muy dentro de las tradiciones locales; la semilla se plantó en el suelo sagrado de La Meca, pero el fruto fué a germinar allá lejos, en los reinos nórdicos de Transjordania y Bagdad, donde los retoños del viejo Cherif-califa, su hijo y su nieto, siguen reinando. Con la invasión y entronización de la dinastía saudita, las cosas toman otro rumbo más original, aunque aparentemente menos glorioso y espectacular. El nuevo rey, no ya del Hedjaz, sino de Arabia casi entera, menos soñador que su predecesor, quiere ante todo poner orden en su casa y hacer de su reino lo que no fué nunca posible en su dilatada historia, esto es, una nación y un Estado en vez del movedizo semillero de dinastías tribales.

Abd-El-Aziz Ibn-Saud, fundador del reino, no es, como Hussein, hombre de ambiciones quiméricas ni tampoco impaciente. Estas características de su personalidad, paciencia y cautela, las posee en alto grado por su raza beduína nómada y por la tradición familiar doblada por la experiencia personal. Los sauditas no son, como los haschemitas, de estirpe soberana

y sacerdotal, ni aristócratas de La Meca, acostumbrados a confundir con facilidad los destinos de su urbe con los del orbe. Príncipes del Desierto, pastores errabundos durante generaciones, han tenido que hacerlo todo en la vida y conquistar su poderío paso a paso, oasis por oasis y aldea por aldea, gradualmente, con la constancia y esfuerzo del campesino que hoy adquiere una yugada de tierra y mañana otra. Todo se lo deben a su espada y a su constancia, casi nada a la intriga ni al loco azar. La única vez que uno de los de su casta, Saud Ibn Abbel, allá en los comienzos del pasado siglo, se permitió la fantasía tan cara a los árabes de cabalgar hacia el Norte, conquistar La Meca y Medina y sitiar Damasco, las tropas del kedive egipcio Mohamed Alí se encargaron de volverle a la realidad, desmoronando todos sus sueños, recluyéndole en Dariya y ahorcando en Constantinopla a su hijo Abdullah.

El teatro de las hazañas de los sauditas fué casi siempre modesto, la meseta desértica al oriente del Hedjad que lleva el nombre del Nejd, donde el fundador de la dinastía, en las postrimerías del siglo XVII, Saud-Ibn Mohamed Ibn-Mukrem, tenía un feudo con el título de Emir de Dariya, dependiente del de Ryad, capital del Nejd. La máxima ambición de la familia fué llegar a sacudir esta tutela y apoderarse de la pobre capital desértica, insignificante burgo en el centro estratégico de los oasis centrales de la península. Su hijo Mohamed Ibn Saud trabajó incansablemente en tan modesta empresa, combatiendo con tesón durante toda la primera mitad del siglo XVIII, hasta su muerte en 1765, pero no lo logró. A pesar de su fracaso, este emir es de una importancia grande en la historia de la dinastía, por haber sido él quien vinculó sus destinos a los de la secta «Wahabita».

El «Wahabismo», una de las innumerables sectas del Islam moderno, fué contemporánea y rigurosamente coterránea de los primeros emires sauditas. Su apóstol, un oscuro cheik

de Ajana en el Nejd, Mohamed Ibn-Al-Wahab, de donde tomó el nombre, predicó entre todas las tribus beduínas de la región, durante su dilatada vida de 1703 a 1792, el retorno a la pureza primitiva del Islam, abominando de las novedades, lujos y vicios introducidos después, y muy principalmente los de la época otomana. Las prédicas de este Savonarola del desierto, puritano integral, eran muy a propósito para prender en la sencilla mente de los beduinos, cuya austeridad se escandalizaba por los refinamientos de los «pachás» turcos o egipcios al tropezarlos en las calles de La Meca en el mes de las peregrinaciones. Ibn-Al-Wahab había visto todavía más: las extravagancias de los «shas» persas, entregados al «schiismo», las impiedades de Estambul y las idolatrías de Fez, allá en el Mogreb, con su culto a los santos «marabús», viajes de los que volvió a su mísero solar del Nejd con el odio más reconcentrado que nunca y que se tradujo en las más extrañas reacciones. Todo lo que el Corán no ordena o permite expresamente, es pecado; tal es la divisa del puritanismo «wahabita», que, en consecuencia, no tuvo otras ocupaciones que las de guerrear y orar, a la manera de las órdenes monástico-militares cristianas de la Edad Media.

Para los beduinos, naturalmente, tan estricto programa no era demasiado oneroso, dado que no otra cosa hacían en su monótona existencia de piratas del desierto. El Emir Mohamed-Ibn-Seud acogió prestamente las divisas del cheik de Ajana, y cuando éste huyó de su villa natal lo albergó en su palacio de barro de Daiya. Le casó con una hermana y se aprestó a ser el Alí del nuevo Mahoma. Desde entonces fué Dariya la fortaleza y templo de la fe «wahabita», de donde sus sucesores se encargaron de ir la extendiendo paulatinamente. El hijo de Mohamed, Abdel Aziz, terminó la conquista del Nejd y de su capital Ryad, pero pereció asesinado por el puñal de un sectario «shūta» en 1803. Su nieto, Saud-Ibn-

Abdel, el soñador de la familia, ya se dijo cómo acabó sus días a manos de egipcios y turcos, por querer llegar hasta Damasco, con lo que el «wahabismo» y sus patronos perdieron Ryad, el Nejd y hasta el viejo y remoto solar familiar de Dariya, que fué pasado a sangre y fuego por los genízaros.

Los descendientes de Saud y Abdallah, después de tanto desastre, se vieron forzados a internarse en el desierto y recomenzar de nuevo su labor ascensional, ahora con la mayor cautela. Yurki, primo del mártir «wahabita», asumió la jefatura de la casa y recuperó Ryad, siendo asesinado en 1834. Su hijo Feisal vengó su muerte y extendió sus Estados con la valiosa ayuda de un cabecilla del país de Shamar, Abdullah Ibn-Raschid, al que recompensó dándole el emirato de Hail. Con este acto de generosidad dió nacimiento a un rival peligroso que en ocasión de las fratricidas luchas que desgarraron la familia saudita, a la muerte de Feisal se instaló en Ryad como señor absoluto del Nejd.

Gracias a la negra traición de los Raschid, la familia saudita tuvo que volver nuevamente al desierto para escapar a las persecuciones desencadenadas por el intruso que acostumbraba a sumergir a los desgraciados «wahabitas» en ollas de aceite hirviendo para curarles de sus ardores fanáticos. Un refugio les ofreció el cheik de Koweit, en las márgenes del golfo pérsico, de donde Abdel-Aziz Ibn-Abderraman Ibn-Saud, soberano actual de la Arabia, inició en 1902 la reconquista de sus perdidos dominios. Nacido en 1880, contaba el futuro soberano veintidós años y podía ser considerado como uno de los más magníficos ejemplares de la raza beduina nómada, templado su fanatismo «wahabita» en la desgracia del destierro. A la cabeza de dos o tres docenas de jinetes totalmente devotos a su familia y religión, de fidelidad contrastada en la adversidad, y con el apoyo material y moral de su generoso huésped, el cheik-sultán Nubaras del Kuweit, que

le regaló cuarenta camellos, el joven vástago de los sauditas salió al campo. A los pocos días ganaba en épico asalto Ryad, adornando sus almenas con las cabezas de los traidores. Desgraciadamente para él, la del Raschi, casualmente ausente, no se encontraba entre ellas, inconveniente que retrasó la conquista del Nejd, de extensión aproximada como toda España. Lo hizo paulatinamente, sirviéndose unas veces de la espada y otras de las predicaciones, pues muchas tribus permanecían adictas a los Raschidas y a la ortodoxia islámica. Cuando uno u otro procedimiento no bastaba, Ibn Saud, como un Habsburgo, acudía a las soluciones matrimoniales, tan facilitadas por la poligamia musulmana. Entre sus veinte y sus cuarenta y cinco años, esto es, de 1900 a 1925, el puritano defensor del «Wahabismo» contrajo ciento cincuenta nupcias con las hembras de los cabecillas beduínos más poderosos y recalcitrantes, lo que viene a resultar una media de una boda cada dos meses, con la acumulación de dotes y alianzas familiares consiguientes. Estas últimas eran las más importantes, puesto que los beduínos, anarquizantes por definición, no reconocen otro vínculo más poderoso que el de la familia, resultándoles agradable emparentar con el dueño de Ryad, clave de las rutas de caravanas de las estepas centrales.

En estos menesteres diversos de conquistas, prédicas y matrimonios ventajosos, Ibn Saud pasó los años de la primera guerra europea, mientras en el occidente, en la costa del Hedjaz, Hussein tramaba sus intrigas imperiales y califales despreciando las modestas aspiraciones del príncipe monje y pastor. En la contienda entre turcos e ingleses sacó sólo Ibn Saud el reconocimiento del emirato del Nejd que tanto tiempo detentaba *de facto*. Turquía se lo reconoció al comenzar la contienda, y la Gran Bretaña al final, con lo que considerándose neutral dejó en libertad a sus belicosos vasallos para que:

ejercitasen sus rapiñas y algaradas en el bando que mejor les cuadrase.

Hasta 1921 no osó el cauto Ibn Saud asestar el golpe final a la traidora dinastía de Raschid, que fué entonces definitivamente consumado con la conquista y devastación de su último feudo de Hail, en el extremo sur de sus dominios. Para celebrar tal triunfo elevó su emirato a sultanato, con el beneplácito de los ingleses, que no miraban con malos ojos, sino todo lo contrario, el auge de una soberanía que hiciese sombra a la ya demasiado ambiciosa de Hussein el haschemita de Hedjad. La rivalidad entre saudinos y haschemitas era en tales circunstancias algo que estaba en la naturaleza de las cosas. El riquísimo rey de La Meca, pretendiéndose Califa del Islam y soñando con dominar en Bagdad y Damasco en combinación con los infieles de todas las castas y colores, desde el rey de Inglaterra hasta Lenin, no era el vecino más apropiado para seducir al austero caudillo de los monjes-soldados de Ryad, que cada vez que se tornaba hacia la ciudad santa para rezar, esto es, cinco veces al día, por lo menos, ardía en ira al pensar en las abominaciones de que era teatro. No faltaban, ciertamente, deseos a sus huestes de lanzarse al asalto de la capital y purificarla por la espada y por el fuego. A ello inducía un doble móvil carísimo al corazón beduino: el del fanatismo y el del amor al botín, que la codicia, bien conocida, de Hussein hacía suponer fabuloso. El propio Ibn Saud ardía en deseos de acceder a las ansias de los mejores de sus súbditos y renovar las proezas de su antepasado, Ibn Abdel, que un siglo antes lo había realizado, aunque pagándolo a tan alto precio. Su ejemplo y la propia experiencia le hicieron contenerse y contener a sus guerreros durante muchos años, soportando críticas y hasta amenazas y desertiones. No es que temiese la fortaleza de los haschemitas, demasiado esparcidos por Siria y Mesopotamia en sus múltiples empresas, pero sa-

bía que tras de Hussein estaba Inglaterra, que, de un lado, le defendía y, de otro, compraba la pasividad del jefe saudita con una subvención de cinco mil libras mensuales. Sólo cuando un día del otoño de 1924 el «Intelligence Service» de Londres, cansado de las intrigas de Hussein y alarmado por sus turbios manejos con el Kremlin, se decidió a aflojar el freno de Ibn Saud, éste proclamó al fin a la puerta de la gran mezquita de Ryad que la hora de la liberación de la Santa Meca había sonado. Y llegó, en efecto, a los pocos días, el 13 de octubre del mismo año, sin grandes esfuerzos, porque el solo nombre de los feroces sectarios del desierto ponía en desbandada los mejores soldados del Califa, acaudillados por Alí. Al asalto de La Meca precedieron terribles depredaciones en otras memorables ciudades del Hedjaz, entre ellas la del saqueo de Taif, donde los «wahabitas» destruyeron las tumbas venerables de los propios hijos de Mahoma. El Islam entero tembló de horror cuando un falso telegrama de la «Reuter» difundió la noticia de que en la conquista de La Meca los sectarios habían derribado la sagrada piedra negra de la Kaaba. Pero todo fué una fantasía periodística; Ibn Saud dejó escapar con los ingleses al viejo Califa intruso, y no sólo no ultrajó las piedras venerables, sino que se acercó a ellas con los signos de máxima veneración, dejando en las puertas de la urbe caballo, armas y turbante. Con los cabellos rapados, vestido en túnica de lino y con pies descalzos, el sultán del Nejd penetró en la nueva capital de sus dominios y fué a postrarse en el suelo de la gran mezquita, dirigiendo como Imam las plegarias de gracias.

En la cumbre de su destino, y apoyada su gloria por un pueblo entusiasta, el soberano saudita no perdió la cabeza y prosiguió su política de consolidación con la constancia aldeana que le era peculiar y que se acrecía con los años. No se apresuró, como todos creían, a cubrir sus hombros con el man-

to de califa arrojado por Hussein en su precipitado embarque. Ni persiguió a éste ni a sus hijos en sus lejanos tronos, a los que pudiera haber aducido pretensiones como sucesor de los haschemitas. Se limitó a redondear su reino, ganar las villas costeras aún fieles a Alí, que de Djedda tuvo que emigrar al fraterno Irak. Cuando todo estuvo pacificado, el 8 de enero de 1926, Abdel Aziz Ibn Saud, sultán del Nejd, hízose solemnemente proclamar rey del Hedjaz, fecha que es todavía fiesta nacional de Arabia por datar de ella la primera realeza de la Casa saudita. El nacimiento del reino de Arabia unificada («Almamlaka Al Arabiya Saudija», según la denominación oficial) no tuvo lugar hasta el 18 de septiembre de 1932.

En cuanto a lo político, cuando todos esperaban y temían las mayores extravagancias del rey sacerdote de los «wahabitas», éste se acreditó inmediatamente como estadista consumado. Sin renegar de su secta, y siguiendo sus más rígidos preceptos, sin fumar, beber café o escuchar música, y comiendo con los dedos los carneros rituales sobre la estera de paja en compañía de su hermanos soldados, el rey de Arabia respetó todos los intereses, hasta los de las sectas enemigas, que guardan sus capillas tradicionales en el recinto de la mezquita de La Meca. Entabló relaciones diplomáticas con potencias extranjeras, con Inglaterra, en 1927, antes que ninguna otra, y hasta, en un alarde de pacifismo bien extraño en el guerrero inveterado, mostró su adhesión al pacifista Pacto Kellog. (En el verano de 1948 se establecieron por vez primera relaciones diplomáticas entre España y la Arabia saudita, presentando sus cartas credenciales el diplomático español de la Legación de El Cairo, señor Caso, con el proyecto de establecer una legación propia en Djedda.)

La labor diplomática maestra del nuevo rey de Arabia fué su reconciliación con Transjordania e Irak, donde reinaban, respectivamente, Abdullah y Feisal, los hijos del monarca des-

poseído. Le secundó en ello la actitud británica, cuidadosa de mantener el *statu quo* de fuerzas árabes, y le costó la pérdida de los territorios de Maan y Akaba, ésta a las puertas de Suez, que enajenó en el último momento el fugitivo Hussein en perjuicio de acreedores y beneficio de su hijo de Transjordania. Akaba, que fué egipcia hasta 1906, en que el sultán turco la concedió al Hedjaz, interesa a los ingleses en poder de una potencia de fidelidad acrisolada, quizá porque eventualmente, y en caso de deserción de Egipto, pudiera abrirse por ella un nuevo canal rival de Suez. Por eso su cesión definitiva la negoció entre Arabia y Transjordania un diplomático británico, Sir Gilbut Clayton, quien tuvo que imponer toda su autoridad para que la primera consintiese. De todos modos, los sauditas siguen considerando Maan y Akaba como tierras irredentas, constituyendo semillero de discordias y un factor de desorden con el que hay siempre que contar cuando se plantea un conflicto en el Medio Oriente.

La reconciliación del nuevo rey de Arabia con Feisal, del Irak, fué menos difícil y más sincera, teniendo lugar plenamente en el tratado de amistad y buena vecindad de abril de 1931, tras de una aparatosa entrevista de los dos soberanos a bordo del destructor británico «Lapin», en presencia del Alto Comisario de Bagdad, Sir Francis Humphys.

Con los otros soberanos de la península entabló igualmente relaciones Ibn Saud, pero ya más en plan de protector que de *par inter pares*. El «Imam» de la costa sur del Mar Rojo de Assir, Alí El Idrissi, colocóse en formal vasallaje del nuevo señor de La Meca en octubre de 1926, cuando su nombre inspiraba pavor a todo el Medio Oriente. Posteriormente, pensando quizá que no era tan terrible como había supuesto, en 1932 se permitió ciertas veleidades separatistas que el rey de Arabia se apresuró a cortar en campaña relámpago que devastó Geizan, Sabia y Abu Arisch, hasta hacer del Assir una

provincia emiral. El Idrissi se refugió más al sur, en el reino independiente y semisalvaje del Yemen, pero hasta allí le persiguió el rencor del saudita que venció al refugiado y a su protector el Imam yemenita en la campaña de la primavera de 1934, concluída por la victoriosa paz de Taifi el 20 de mayo. Probada una vez más la fuerza de su puño, Ibn Saud tornó a su táctica de mesura, siendo en este terreno su obra maestra dicho tratado con los yemenitas, de gran importancia en la actual historia mediorienta, por datar de él el crecimiento del prestigio panislámico del rey de Arabia. En lugar de arrastrar tras de su carro triunfal el nuevo Estado del Yemen, que, de otra parte, le hubiese resultado demasiado gravoso por su pobreza y por la vecindad con el protectorado británico de Aden, el vencedor trató al vencido Imam Yaya con la generosa deferencia de un héroe de Plutarco. No sólo respetó su territorio y soberanía, sino que le ofreció, además, una alianza de «Fraternidad musulmana» por la duración de veinte años prorrogables indefinidamente.

Inició Ibn Saud, con la paz de Tait, su política panislámica, no en un tono de predominio califal, como su antecesor, sino en el de hermandad y concordia con los títulos que le daban para ello su soberanía en las ciudades santas, su vida intachable y, últimamente, sus prodigiosas riquezas. Porque, en efecto, Ibn Saud, que cuando salió caballerescamente de Kuwait en 1902 a la reconquista de Ryad es fama que tuvo que pignorar las alhajas de sus mujeres para pagar a sus mensajeros, es en la actualidad uno de los potentados más sólidos de todo el orbe y no sólo del Oriente. Como si Alá hubiese querido premiar sus muchas virtudes y constantes desvelos, pobló el subsuelo de sus pobres tierras con los fabulosos océanos de petróleo a que ya se hizo mención y que el viejo monarca cuida con tan sabia y prudente parsimonia como antaño sus rebaños de cabras y camellos.

La adscripción de la santa tierra de Arabia al imperio petrolífero internacional data, teóricamente, de 1928, es decir, mucho años después de explorados los pozos de Kirkut, en Mesopotamia, los más antiguos del Medio Oriente. En dicha fecha, los americanos, últimos llegados a la nueva tierra prometida, y en su nombre las dos fuertes compañías de la «Standard Oil» de Nueva Jersey y la «Socony Vacuum», que a duras penas habían obtenido un 25 por 100 de participación en el festín irakiano, llegaron con los británicos a un acuerdo formal para el reparto de las zonas futuras. En él, como en otro tiempo el Papa Alejandro VI en la participación oceánica, los magnates anglo-americanos trazaron una ideal «línea roja» de demarcación del Medio Oriente. Pasando por el golfo pérsico, dejaba a la Gran Bretaña Irak e Irán, las regiones más codiciadas entonces, y a América la gran incógnita de Arabia, que a poco se acreditó con una potencia- lidad de riqueza incomparable, capaz de mantener el suministro mundial durante quince años.

El acuerdo con Ibn Saud no fué demasiado difícil, y el custodio de la santa fe «wahabita» no desdeñó trocar sus ágiles caballos por los automóviles más suntuosos que pródigamente le llovieron de ultramar. Dió carta blanca a sus simpáticos huéspedes a cambio de una tasa de unos centavos por barril obtenido, lo que, según los cálculos más moderados, le produce una media de un millón de dólares por día.

Americanófilo convencido, Ibn Saud, hombre práctico y sencillo como los señores granjeros del «Middle West», se entiende mucho mejor con ellos que con los ceremoniosos lo- res ingleses, y el ministro americano de Arabia, Rives Childs, es una de las figuras más populares y queridas del país. La última gran concesión hecha a América ha sido, en 11 de enero de 1947, la del trazado del ferrocarril transarábigo, complemento de la gigantesca «Tap-line», el oleoducto que

partiendo del golfo pérsico ha de trasladar al Mediterráneo 300.000 barriles de petróleo diarios. El desemboque final de esta línea, todavía no decidido, es otro de los factores capitales de la política mediorienta, aspirando a su concesión todos los países costeros, desde Egipto a Siria.

La influencia británica en Arabia viene, pues, sólo en segundo orden, no teniendo en ella tan firmes posiciones como en Transjordania o Irak. El ser los ingleses los protectores natos de los haschemitas les descalifica no poco en la consideración saudita, que no olvida su decisiva intervención en la pérdida de los territorios de Maan y Akaba. En todo caso, el influjo británico es más policíaco que económico, ejerciéndose a través de los agentes secretos diseminados por el interior, algunos personajes de características absolutamente novelescas, como John «Renegado», emir blanco del interior de los desiertos arábigos, y el matrimonio Ingram, cabeza en Djedda del «Intelligence Service». Oficialmente, el consejero británico del rey de Arabia es Sir John Philby, residente en Ryád, autor de interesantísimas monografías sobre el país.

La entidad de los intereses americanos en Arabia es tal que todo el mundo sabe que quien se enfrentase hoy con los sauditas se enfrentaría, *ipso facto*, con Wáshington, circunstancia que ha acrecido el prestigio de la nueva dinastía hasta límites insospechados. Gracias a ello Abdullah, de Transjordania, no osa lanzarse a la conquista abierta de la Gran Siria, ni el Irak a la de Kuweit, ni el Irán a la de las islas Bahrein. Egipto mismo, cuatro veces más poblado que Arabia y con infinidad de recursos en relación a ella, respeta en sumo grado al Señor de La Meca, y si Faruk no se decide a proclamarse califa es por no contar con su aquiescencia y temer sus iras. Es más: después de haber roto soberbiamente sus relaciones con el rey de Arabia en 1926, por no haber éste respetado sus derechos tradicionales de jefe de la peregrina-

ción y portador del «Mahmal» o «Tapiz sagrado», el rey de Egipto tuvo que humillarse a iniciarlas en mayo de 1936. Más tarde, para atraer al reacio rey Saud a la nueva Liga Árabe planeada en el Protocolo de Alejandría de 7 de octubre de 1944, fué menester que el rey Faruk se desplazase personalmente de su lujoso Cairo para rendir visita al beduino en sus inhóspitos desiertos el 2 de enero de 1945. Sólo después de este acto de cortesía el rey de Arabia se adhirió a la Liga y firmó el Pacto de El Cairo de 22 de marzo del mismo año, devolviendo su visita a Faruk el 10 de enero de 1946.

En la última guerra mundial Arabia apenas ha hecho otra cosa que acelerar sus suministros de petróleo, con el consabido aumento de derechos de regalía. Perezosamente declaró la guerra a Alemania y Japón el 1.º de marzo de 1945, justo en el momento propicio para poderse adherir a la declaración de las Naciones Unidas y firmar la Carta de San Francisco.

En el pleito palestino, movido principalmente y con finalidades diametralmente opuestas por Egipto y Transjordania, Ibn Saud se ha mostrado extraordinariamente reservado y poco propicio a aventuras de género bélico. Limitóse, en total, a enviar unos miles de libras a la Liga y cruzar algunas pomposas cartas con los presidentes Roosevelt y Truman. Bien que votáse, como es lógico, con los otros Estados árabes, contra los proyectos de partición y protestase contra los acuerdos favorables a los judíos; se negó rotundamente, como ya se dijo, a emplear el arma decisiva que hubiese certeramente templado los entusiasmos de los hebreófilos americanos, es decir, la anulación de las concesiones petrolíferas. Cuando en la peligrosa situación de febrero de 1948 M. E. Hull, presidente de la «Tapline», le propuso la suspensión de las obras, el monarca le contestó por escrito que «los intereses americanos en su reino quedarían salvaguarda-

dos suceda lo que suceda», con lo cual la batalla de los hombres del petróleo parece definitivamente ganada, y de modo incruento, en el centro de las místicas y fanatismos más difícilmente conciliables, todo merced al tacto y prudencia del rey «wahabita». Preguntado éste, en cierta ocasión, por su amor hacia los americanos, dicese que respondió que «les amaba porque eran muy gentiles y además vivían muy lejos». Otra medida de sus cualidades diplomáticas, dignas de Maquiavelo, es la de su doctrina acerca de la «Guerra santa», la cual sólo merece este calificativo y «es verdaderamente querida por Alá cuando se tiene la certeza absoluta de ganarla». Punto de vista que, si quizá es discutible en teología musulmana, no tiene vuelta de hoja en ciencia diplomática.

En política interior, aunque menos trascendentales, las medidas de Ibn Saud no son menos sabias ni de menor rendimiento práctico. Con sus beduínos ha obtenido el prodigio increíble de hacerles trabajar y agruparles en una disciplina casi nacional, empresa ante la cual todos los especialistas en arabismo coinciden en calificar de única y que hace palidecer todos sus triunfos guerreros. Ya en sus días de sultán del Nejd emprendió poco a poco, como es su sistema, la atrevida y ardua operación. Con tacto y paciencia infinitos, halagos y algún que otro ahorcamiento de vez en cuando, sin olvidar constantemente el apoyo de las máximas coránicas sabiamente comentadas, fué convenciendo a los caballeros del desierto que la agricultura no era, en modo alguno, labor indigna de sus nobles manos. Creó aldeas en torno a los oasis, abrió pozos, canales y fuentes, y, en el transcurso de pocos años, ha logrado estabilizar centenares de tribus en comunidades civiles y laboriosas que se han decidido a trocar sus tiendas por casas y sus cayados de pastores por las manceras de los arábigos. La primera colonia de Artawy vale, en la historia inte-

rior saudita, en este sentido, tanto como la épica expugnación de La Meca, y quizá más, pues esto lo consiguieron varios conquistadores de antaño, en tanto que nadie logró hacer trabajar en comunidad ciudadana a los beduínos.

Por supuesto, la riqueza agrícola y comercial del país sigue siendo pobre, pero como sus necesidades son mínimas también, el progreso realizado hace que casi se baste a sí misma la economía local. Pero lo importante es la labor de readaptación psicológico-social realizada, sin renegar de ninguna de las esencias del arabismo y menos aún del islamismo «wahabita», tan rígido hoy en la prosperidad como lo fué en las miserias de Ryad y Dariya. El propio fanatismo tampoco ha cedido; sólo por el hecho de haberse permitido un «shiita» persa, al perecer loco, escupir en la Mezquita mequinense en ocasión de la peregrinación de 1943, el reino rompió sus relaciones con el Irán y a no mediar intervenciones eficaces por parte de británicos y americanos es seguro que hubiese estallado la guerra. Con todos sus progresos, aviones y automóviles modernísimos, la única emisora de radio del país sirve exclusivamente para las noticias oficiales y para emitir oraciones, pues Ibn Saud no ha renunciado al credo «wahabita» de hacer de su reino un hogar de total santidad islámica. Su gobierno, con el Imam-Rey a la cabeza, constituye la más arcaica supervivencia teocrática después de la del Tíbet y la yemenita, una «teocracia-tecnocrática», como acertadamente la ha denominado Essad Bey, pues, en efecto, los «imanes» e ingenieros son sus personajes más influyentes. La disciplina es rígida, y hasta brutal, en ocasiones; el ladrón sorprendido en flagrante delito sufre la amputación de su mano izquierda la primera vez y de la derecha en caso de reincidencia. Con tan expeditivos procedimientos es Arabia hoy, la ciudadana, al menos, uno de los países más seguros del mundo, según algunos, con menor índice de criminalidad que la pro-

pia Dinamarca, aunque es de suponer que las estadísticas de ésta sean más perfectas y fidedignas que las de aquélla.

El éxito indiscutible del saudismo en la política interior no radica tanto en sus innovaciones y en haber puesto orden en su anárquico país, como en haberlo logrado dentro de los cauces de la ortodoxia tradicional; sin precisión de acudir, como Kemal Pachá en Turquía o Chang-kai-Chek en China, a procedimientos de cirugía revolucionaria. Régimen férreo, pero que no excluye la más legítima camaradería de hermandad beduina ancestral, el Ibn Saud, con todos sus progresos; no tiene un ápice de revolucionario. No hay, ciertamente, Parlamento en La Meca o en Ryad, como los de El Cairo, Bagdad, Beyrut o Damasco, ni otra Constitución que la otorgada por la magnanimidad de su señor el 29 de agosto de 1926. En su artículo segundo se proclama claramente que el Estado árabe del Hedjaz es una monarquía musulmana e independiente, y en el quinto, que la entera administración del reino se halla en las manos del rey, «ligadas tan sólo por las normas de la noble Sharia y teniendo como Ley el Libro de los Libros, la Sunna del Profeta (que la bendición y la salud de Dios sean sobre El) y el ejemplo de la conducta de sus Compañeros y de las antiguas generaciones virtuosas».

Hasta 1931 no hubo siquiera Consejo de Ministros («Maglis Al-Wukala») ni aun Ministros, propiamente dichos, constituyéndose entonces las carteras de Hacienda y Asuntos Exteriores. La presidencia se reserva al Rey y, en su ausencia, al Vice-rey, su lugarteniente, que no es otro en la actualidad que el segundogénito del monarca, Feysal-Ibn-Abdel Aziz-Al-Saud, el personaje más visible del Estado, aunque en rigor el heredero sea su hermano mayor Saúd-Ibn-Abdel Aziz. Mientras éste permanece constantemente con su anciano padre en el misterio de los palacios reales de Ryad y La Meca, entregados a sus cuestiones familiares y teológicas, el porta-

voz exterior de Arabia es el Virrey Feysal. Su figura es harto conocida, por reproducirla a menudo los noticieros cinematográficos y las revistas ilustradas en ocasión de sus frecuentes desplazamientos al Cairo, Londres o Nueva York, donde representa a su país en la O. N. U. En la plenitud de su vida, puesto que nació sólo en 1907, fuerte, decidido y astuto como los de su casta, pero en contacto directo con las culturas occidentales, este príncipe, que parece preferir las poltronas de los aviones de lujo a las altas gibas de los camellos vernáculas, y las comodidades de los «Savoys» y «Astorias» a la bárbara austeridad de los alcázares hogareños, puede estar, quizá, llamado a cambiar los rumbos de su patria y los del Medio Oriente. Si por un azar, de los que tan pródigos son los teatros políticos de estas latitudes, llega a suceder en el trono a su padre, Arabia dejará seguramente de ser el factor de orden y «statu quo» que actualmente desempeña, pues no es de creer que se conforme, como éste, a velar por la moralidad «wahabita» de sus vasallos y a fomentar los progresos agrícolas beduínos.

4. EL YEMEN Y LOS ESTADOS PERIFÉRICOS DE ARABIA

Unificada la mayor parte de la Arabia peninsular del Norte y el Centro bajo la dinastía saudita, quedan aún al margen de ella inmensos espacios más o menos independientes de su cada día más poderoso radio de acción. Son las tierras costeras del Sur y Levante, durante milenios despreciadas por los conquistadores del mundo y mudas en la historia a causa de su absoluta miseria. Solamente de algunos años acá, en la actual trasguerra, sobre todo, han comenzado a balbucear y su papel a subir desmesuradamente por creerse o sospecharse que en muchas de ellas se celan riquezas petrolíferas, lo que

es suficiente para tentar la codicia de las Potencias trayéndolas al primer plano de actualidad política internacional. Nombres como Bahrein y Kuwait, antes desconocidos, están hoy en día en las mesas de las principales cancillerías y quién sabe si mañana no lo estarán en boca de todo el mundo en siniestra trilogía con los de Sarajevo y Danzig.

El Estado soberano que sigue en importancia a la Arabia saudita dentro del perímetro peninsular, es el del Yemen, con trescientas millas de litoral en el extremo sur del Mar Rojo, entre la nueva provincia saudita de Assir y el protectorado británico de Aden.

Es el Yemen, y lo ha sido siempre, la «cenicienta» del Islam, hasta el punto de que desde poco antes de la última guerra y hasta el censo de 1947, parece que ha disminuído su población de cinco a tres millones de habitantes. Datos, por lo demás, altamente relativos, pues hace poco, habiendo sido interrogado por los periodistas del Cairo el primer Ministro yemenita venido a una reunión de la Liga, respondió al extremo de la población de su país que «solo Alláh pudiera contarla». Con tales perspectivas demográficas se puede prever hasta la total desaparición del reino a no ser que alguna circunstancia extraordinaria no le preste nueva pujanza. En la actualidad no puede ofrecer esta eventualidad más que la aparición de pozos petrolíferos que si, por el momento, no se han descubierto, hay muchas probabilidades de que lo sean y, según los técnicos, del más subido valor. De ahí la importancia que de pronto han adquirido los remotos paisajes yemenitas y que su arcaico gobierno haya sido incluso admitido, desde octubre de 1947, en el seno de la O. N. U. Primero en la órbita política de Italia, por la proximidad con el imperio mussoliniano del Africa oriental, muévase ahora en el norteamericano a través de la Arabia saudita de la que, como

en seguida se verá, el Yemen es prácticamente un satélite llamado a seguir todos sus destinos y avatares.

La característica física del Yemen es su pobreza integral en contraste con su potencial riqueza. Resulta, pues, o ha resultado hasta hace muy poco, cruelmente irónica la denominación romana de «Arabia Félix» con que en la geografía histórica se la conoce. En su inmenso territorio de 75.000 millas cuadradas, sólo hay cultivable una insignificante franja de oasis en la que se agrupan sus míseras ciudades: la capital Sanna, en el interior, con el Jebel, solar del café Moka, y Hodeida y Mocha en la costa, la última con remotos indicios de haber sido uno de los imperios del bíblico imperio de la reina de Saba. En ellas se cultiva el café, algo de tabaco, granos para el ganado y, especialmente, el «haschis», la droga heroica que apasiona a los pueblos mediorientales, y que pasada de contrabando a Egipto y Siria por las caravanas de beduínos, constituye, quizá, la principal fuente de riqueza del país. El resto no es sino desierto, con su economía de pastoreo a cargo de una población beduína de pura raza. Hay fuertes indicios de que al lado de estos menesteres, los habitantes de la costa yemenita se ocupen con predilección de la trata de esclavos, en otro tiempo magnífico negocio por la cercanía de la costa africana y que, desde la última guerra, parece ha vuelto a fructificar merced al relajamiento de la potencia británica y el derrumbamiento de la italiana. Varias veces los misioneros de Eritrea y Somalia han dado la voz de alarma y cursado denuncias que nadie oye; según ellas, los desventurados indígenas del continente negro serían embarcados en falucas piráticas de pescadores yemenitas para luego ser reexpedidos hacia el interior de Asia, Persia, Afganistán y Beluchistán.

En el reino yemenita, el soberano lleva no el nombre de Rey, aunque suele ser traducido como tal, sino el de «Imam» o sumo sacerdote de la secta «Zaidita», afín a la islámica del

«Schiísmo». Desde la trágica muerte del Imam Yaya, en el complot palaciego y parricida de Kasr-El-Sada el 15 de enero de 1948, ocupa tal dignidad su hijo Ahmed, que tuvo que conquistarla a golpe de espada, visto el triunfo inicial de los conjurados. Pusieron éstos en el trono sacerdotal a un yerno del asesinado y cuñado del Imam actual, Abdallah-Ibn-El-Wazir, de origen turco y, al parecer, ganado a las ideas modernistas y semiliberales de otro hijo de Yaya, el desterrado Ibrahim, que en Adén publicaba una especie de periódico de oposición bajo la mirada benigna del gobernador británico. El papel de éstos en la sangrienta conjura no ha sido puesto en claro, pero es un hecho que dicho gobernador felicitó al intruso Abdullah, que invitó al acto de su coronación al guía de los «Hermanos musulmanes», la secta terrorista panislámica del-Cairo. Todos estos contactos hacían presagiar un intento yemenita de sacudir la tutela de la Arabia saudita y quizá acercarse a la órbita británica. En todo caso, fracasó rotundamente al erigirse el príncipe Ahmed en vengador de su padre y mover la guerra abierta al asesino. Refugióse primero en la corte saudita, a pesar de que años antes había estado complicado en una conspiración contra la vida de Ibn-Saud, y éste no entregó al intruso, aunque el artículo 9.º del vigente tratado arábigo-yemenita obliga a la extradición de delincuentes, políticos o no. Con este apoyo moral de su poderoso vecino, Ahmed reclutó grandes fuerzas en la belicosa tribu de El Nasser que le permitieron tomar al asalto su capital perdida de Sanna, el 29 de febrero, y castigar ejemplarmente a los culpables.

Para la comprensión de todo lo que atañe al Yemen es necesario tener ciertas nociones de la secta islámica en él dominante y de la que es patrón omnipotente la dinastía reinante. Su base es el «Schiísmo», en sí una de las cuatro ramas ortodoxas del Islam, la más importante de todas después

de la «Sunita», cuya sede oficial es la Persia desde el advenimiento a dicho país de la dinastía Sefenidi (en 1502). Como es sabido, su dogma es originalmente histórico-político, reposando en la legitimidad del cuarto Califa Alí, yerno de Mahoma, cuyos solos descendientes son guardadores de la recta inspiración profética. El Corán y la Liturgia «Schiíta» apenas se diferencian de los «Sunnitas» en insignificantes detalles; pero como todas las derivaciones tardías, ha sido, al igual que el protestantismo cristiano, semillero inagotable de las más extrañas herejías. El «noçainismo» de los aluítas del Norte de Siria, el «drusismo», el «ismailismo» de los «acshaschini» o «asesinos» de los montes del Líbano, el «neo-ismailismo» hindú de los súbditos del Agha Kahn, son sectas «Schiítas» a veces totalmente alejadas de las esencias más evidentes del islamismo. El «Zeydismo», religión oficial del Yemen, es «Schiíta» también, pero posiblemente la rama más cercana a la ortodoxia primera. Se asemeja a la de los «imamitas» de la antigua dinastía Edrisida de Fez (791-926), famosa por su fanatismo, y como ella admite que sólo los doce «Imanes» o Jefes supremos de la religión conservan la preeminencia profética que públicamente acabó en Zeid, hijo de Alí Zein el Abidin, de donde su designación proviene. Desde entonces, el profetismo se piensa que reside en la comunidad de los fieles «zeiditas», encarnando precisamente en su «Imam», no hereditario, sino elegido en su seno. Hasta aquí sólo las apariencias democráticas de esta curiosa doctrina casi russoniana, pues el Imam elegido ha de tener hasta quince precisas cualidades, la última de las cuales y la menos democrática de todas, aunque la más eficaz, la de que haya conquistado o pueda mantener el «Imanismo» con el filo de su espada. Este arma, por lo mismo que sirve de título al Príncipe heredero, «Saif-El-Islam» o «Espada del Islam», y de emblema a su escudo y

bandera en campo de gules, es la suprema ley del Yemen y su única fuente de derecho.

Los antepasados del Imam-Rey Ahmed vienen reinando sobre el Yemen, como dinastía Al-Kassim-Rasse, desde el año 246 de la Hégira, es decir, desde el 860 de nuestra Era, lo que la hace casi contemporánea de Carlomagno y de Harum-el-Raschid, respetable antigüedad que pone bastante en tela de juicio el valor de las teóricas elecciones del «Imanato». Habita su titular en su casi inaccesible capital de Sanna, al pie de los ásperos montes de Nukam, cuyo paso está vedado a propios y extraños por guardarse en sus fragosidades los tesoros reales en los que es fama se conservan aún preseas que datan de las aportadas por la reina de Saba a Salomón en su fastuosa visita al rey hebreo. El conservadurismo de los monarcas yemenitas es tan integral que, al lado suyo, el propio Ibn-Saud de Arabia hace el papel de revolucionario y progresista. No hay en su territorio extranjero alguno, y todas las relaciones diplomáticas y comerciales tienen lugar por la vía de Adén o la de Ryad, por intermedio de los británicos o los sauditas. Sólo algunos comerciantes judíos son tolerados desde tiempo inmemorial en la villas de la costa, pero se les prohíbe el uso de toda arma, incluso cuchillos y tijeras. En la Corte se vive, o al menos se vivía hasta la muerte violenta del viejo Yaya, en plena Edad Media; el Rey hacíase acompañar inseparablemente del verdugo y no reconocía otro ministro que el de Hacienda, el cual colectaba los impuestos (el «zakat» o limosna del 10 por 100 de todos los negocios e ingresos de los ciudadanos) en una burda bolsa de cuero de camello. Todo es, por lo demás, monopolio de la Casa Real, hasta los productos farmacéuticos, debiéndose uno dirigir a palacio para adquirir la más sencilla tableta de aspirina. No hay más que tres escuelas rigurosamente religiosas. un único periódico que sólo inserta alabanzas al Imam y preceptos

teológicos, y la moneda es, como en Abisinia, el «taler» de oro o plata de tiempos de María Teresa de Austria.

Con tan arcaicas instituciones, es de imaginar que los problemas del reino yemenita no sean muchos ni demasiado complejos. Convergen todos en defenderse de los voraces apetitos de la dinastía saudita al Norte y de los ingleses al Sur, que hacen del territorio un verdadero lecho de Locusto; uno y otro ya han alcanzado a arrancarle, en los últimos veinte años, la provincia de Debel-El-Arw los árabes, y las de Schabwal y El Abr los británicos.

En sus tratos con los países cristianos, el Yemen ha sido de la mayor circunspección desde que en 1918 se rompieron los sutiles vínculos que le ligaban al Imperio otomano. Fué la Italia mussoliniana la que el 2 de septiembre de 1926 inició, por mediación de Gasparini, gobernador de Eritrea, las relaciones diplomáticas con el Imam Yaya, concertando un Tratado en el que por vez primera se otorgó a éste el título de Rey («Malek»). Buscaban principalmente los italianos ventajas estratégicas con vistas a debilitar las posiciones clave de los ingleses en el Mar Rojo y asegurar las propias de las costas eritreas. Por parte del soberano yemenita, la finalidad era el desempate de la doble influencia saudita y británica, razón por la cual acogió favorablemente a los emisarios del Duce.

Tomado el gusto a los Tratados que aseguraban salida a sus cosechas de moka y que le permitían, por añadidura, exhibir su flamante título de Rey, el Imam Yaya siguió prodigándoles con los preciosos sellos triangulares de cera roja ornados del blasón de los antiguos monarcas himayarikos de la «Arabia Félix». Así, el 22 de octubre de 1928 firmó incluso un Tratado con la U. R. S. S.; en 11 de febrero de 1934, con su odiada vecina de Adén la Gran Bretaña, y el 25 de abril de 1936, con Francia. Todos tenían un carácter comercial de mínima importancia, sin complicaciones políticas, por lo que

al sobrevenir la guerra de 1939 el Imam se permitió el lujo de hacer expresa declaración de neutralidad el 1.º de Noviembre. Cuando quiso salir de ella, en el último momento, a la zaga de Arabia, ya era demasiado tarde, pues las hostilidades habían cesado. Lo que no impidió, sin embargo, que como ya se dijo, la O. N. U. la admitiese en su seno, por elección casi unánime, el mismo día que el Pakistán, esto es, el 18 de agosto de 1947.

Que la mano de América se hallaba entre bastidores para apoyar la pretensión del Yemen es cosa fuera de toda duda, puesto que sus propios méritos democráticos eran del más bajo nivel que puede imaginarse. También la última llegada a este país, América, fué, como en el caso de Arabia, la mejor servida. En 1910 un cónsul americano de Adén, Mr. Mosser, amante de viajes y aventuras, intentó explorar los arcanos yemenitas, pero habiéndose roto una pierna en un accidente por sus breñas inaccesibles, nadie volvió en América a pensar en repetir la aventura. Pasada la última guerra y habiendo llegado a oídos del Rey de Sanna las maravillas estadounidenses, envió una invitación oficial de visita ornada de sus famosos sellos de cera roja al representante americano en Adén, Harlam B. Clark, en el invierno de 1945. El mismo diplomático ha narrado donosamente y con precioso material gráfico su pintoresca excursión en un interesante artículo del «Geographical Magazin» de Wáshington (mayo-noviembre de 1947). Atribuye la mayor parte del éxito de su misión a un aparato de radio portátil, que llevó las melodías de Broadway a las soledades de los palacios de Sanna, aunque, probablemente, su viejo amigo Saud le había informado bastante al Rey sobre los otros muchos atractivos menos filarmónicos que los yankis pudieran ofrecer. En consecuencia, el Tratado entre los Estados Unidos y el Yemen se firmó el 4 de máyo de 1946, estipulándose cláusulas comerciales por valor de un

millón de dólares bajo la fórmula de «nación más favorecida». Por seguro se tiene que bajo tan genéricas estipulaciones mediaron otras más sustanciales relativas a concesiones de eventuales hallazgos petrolíferos, lo que de otra parte está dentro de la normalidad jurídica existente, puesto que el Yemen cae al Sur de la famosa «línea roja» de demarcación.

A continuación del Yemen y siempre al Este de su costa, se halla la colonia y protectorado británico de Adén, términos diplomática y jurídicamente diversos. La colonia cubre sólo una escasa área en torno al minúsculo puerto carbonífero del mismo nombre; en total, una población de unos 50.000 habitantes. En cambio, el territorio del Protectorado, todavía no bien limitado, se extiende quizá 40.000 millas cuadradas al Norte y al Este, comprendiendo enormes porciones de desierto y algunos territorios semiindependientes o con pretensiones de tales.

La ciudad y colonia de Adén tuvo históricamente una doble finalidad: la estratégica de guardar la salida del Mar Rojo por el islote de Perim, y la comercial de punto de carboneo para la ruta de las Indias, de la que más que una etapa constituye una especie de avanzadilla. Tan exacto es esto último, que al ser anexionada «*manu militari*» ya en 1839, en la edad de oro del imperialismo británico, se la adscribió administrativamente a la «Presidencia» de Bombay, en cuya jurisdicción ha permanecido hasta la promulgación de la «India Act» de 1935. Entonces adquirió consideración de «provincia separada» dependiente de la Corona a través de la Secretaría de Colonias con una ordenación propia, la «Aden Colony Order» de 1937, un Gobernador, un Comandante en Jefe, un Consejo Ejecutivo de funcionarios y otro Legislativo de dieciséis miembros mixtos, creado éste por Ordenación de 1944. Solamente en lo judicial los tribunales británicos de Adén siguie-

ron dependientes del Supremo de Bombay hasta la reciente desmembración de las Indias.

Si esta situación políticojurídica de la Colonia es clara, la del vastísimo Protectorado no puede ser más oscura, en una complejidad que desafía la paciencia de geógrafos y diplomáticos. Reposa no en un derecho franco de conquista, como el de la zona ciudadana colonial, sino más bien sobre una intrincada red de acuerdos, pactos y compras concertados en las más diversas fechas y ocasiones entre el Gobernador y los mil y un cabecillas de tribus esparcidas por lo que muchos juristas y políticos ingleses denominan con la vaga expresión de «Empty quarter» o «Espacio vacío» de Arabia. Algún orden ha introducido en este caos el Acta de 1937, al fusionar el Gobierno de la Colonia con el del Protectorado, pero el cúmulo de problemas prácticos persiste. Los poderes de «cheiks» y sultanes son más o menos extensos y efectivos, siendo el más autónomo de todos, y el que más veleidades separatistas presenta, el sultanato de Lahej, que buscó antes la protección de Italia y ahora la de la Liga árabe de El Cairo, a la que inútilmente ofreció su adhesión. Desde el más mísero al más poderoso sólo sueñan hoy con la posibilidad del hallazgo de pozos de petróleo como los que poseen sus afortunados hermanos de la zona oriental. Esta perspectiva es asimismo la que incita a Inglaterra a mantener este oneroso *statu quo* que, de momento, sólo la cuesta subvenciones y querellas interminables. Por lo mismo, la cláusula inevitable en todos los tratados es la de compromiso, por parte del señor local, de no permitir investigaciones o explotaciones petrolíferas sin el visto bueno de las autoridades británicas, que reservan su monopolio a la «Petroleum Concessions Ltd.», filial local de la «Irak Petroleum Cy».

Resumiendo, la situación política de la Gran Bretaña, en la zona de su influencia de la península arábiga es posible afir-

mar que reposa primordialmente en el mantenimiento de posiciones, sin veleidades imperialistas de acrecentarlas. Puede creerse que su antigua tendencia de expansionarse hacia el Norte está cancelada, siendo su epílogo el tratado de 1.º de febrero de 1938, concluído con el príncipe Hussein, el cual había iniciado en Londres pleito contra el gobernador de Aden, Reilly. En dicho acuerdo, Inglaterra renuncia a la soberanía de los nueve cantones del norte de su zona, con lo que, unido a la fuerza expansiva del Imperio saudita en sus contornos, su política ha pasado en ellos de la postura ofensiva a la defensiva.

Gran parte de lo dicho es valedero, ya fuera de la franja del Protectorado de Aden, para los otros Estados semisoberanos que se suceden a su oriente. El primero de ellos, agrupación de varios más bien, es el Hadramaut, vasto territorio del centro-sur de la península, de la que constituye uno de los accesos naturales. Comprende, en lo jurídico, un área de seis soberanías diversas regidas por sendos tratados, en las que los cheiks respectivos guardan un lazo de dependencia feudal respecto al sultán de Kuwaiti, residente en la antigua ciudad costera de Mukalla. Goza título de alteza y privilegio de salud por doce cañonazos, no obstante lo cual acepta la presencia de un consejero británico en su Gobierno, salvo en las materias de religión, en las que la propia autoridad es ilimitada. Según la confesión de uno de los últimos titulares del cargo, Harold Ingrams, el soberano ejerce sus funciones con dignidad, celo y lealtad típicamente beduínos. El total de habitantes del territorio se calcula en 200.000, y su gran incógnita reposa en el desierto, prácticamente inexplorado, de Rob-Khali. El sultán actual es Salih-Ibn-Ghalil-Al-Quaiti (para la región costera), de una dinastía moderna que data solamente de 1874, en tanto que las tribus del interior obedecen al sultán Gifar-Al-Katiri, de prosapia inmemorial. Estas soberanías son muy re-

lativas si se tiene en cuenta que en el Hadramaut la aristocracia árabe es todopoderosa, residiendo únicamente en los «seydis», que se tienen por descendientes del propio Mahoma y que difícilmente aceptan imposiciones políticas ajenas.

Más independiente aún que los sultanes del Hadramaut propiamente dicho, es, ya en la curva entrante del golfo pérsico, el de Muskat, que es considerado como el tercer potentado de Arabia después de Ibn Saud y el Imam yemenita. Pertenece a una de sus viejas y nobles dinastías, la de los Al-Busacid, que ha celebrado en 1944, con inusitada pompa, el segundo bicentenario de su soberanía. El titular actual es Sayid Said-Ibn-Talmar, nacido en 1910, cuyas relaciones con los británicos son casi de igual a igual, publicándose sus tratados, al menos el de 11 de julio de 1939, en las «British Official Series», con lo que adquieren *de jure* validez plenamente internacional. En otro tiempo, y hasta 1890, el poderío de los sultanes de Muskat era incomparablemente mayor, puesto que se extendía hasta Zanzibar, en la costa oriental de Africa, pero al apoderarse la Gran Bretaña de ésta la perdió el asiático. Perdió asimismo la fuente más saneada de sus ingresos, que era la trata de negros, limitándose a la explotación de sus ricos campos de dátiles y rebaños de camellos, unos y otros los más famosos de Oriente. En el precitado tratado, a cambio de todas las concesiones británicas, se incluyó, sin embargo, la cláusula petrolífera, que al fin y al cabo era lo que más interesaba.

Ya en el golfo pérsico, al norte de Oman, se encuentran un grupo de Estados independientes regidos por sus propios «cheiks», que contratan colectivamente tratados de comercio y reservas petrolíferas con Inglaterra. Algunos son considerables por su extensión y hasta por su riqueza, en pesquerías de perlas principalmente, pero todos ellos, y aun media Arabia, quedan hoy olvidados por la definitiva importancia de

un oscuro archipiélago escondido en la bahía de Abkaik. Es el de las islas Bahrein, de apenas 250 millas de extensión y 120.000 habitantes, rivales de Dahram y Kuwait en reservas petrolíferas y pozos en explotación. Producen éstos una media anual de un millón de toneladas, pero sus posibilidades son infinitamente mayores, sospechándose por algunos que los yacimientos iranianos se prolongan hasta allí por debajo del mar.

Históricamente, y desde tiempo inmemorial, las islas Bahrein pertenecieron a Persia, combatiendo esporádicamente por ellas en el siglo XVII algunos aventureros portugueses codiciosos de sus pesquerías de perlas, que aun hoy producen la no despreciable suma de cinco millones de dólares por año. Geográficamente, sin embargo, es obvio que el archipiélago pertenece a Arabia, de la que sólo la separan veinte millas contra las doscientas que dista el continente iraníano.

Los ingleses adquirieron las Bahrein por mediación de la Compañía de Indias, que consiguió, a lo largo de todo el siglo pasado, múltiples concesiones de la familia persa que las detentaba, la Al-Kalifa Utubi, hasta que por un último tratado de 1892 ésta perdió las postreras apariencias de soberanía. Desde entonces la táctica británica fué y es la de tratar directamente con el «cheik» local de las islas, actualmente Mohamed Al-Kalifal, vástago de la antigua familia, que conserva su autoridad en el gobierno interior desde su capital de Manamah. Y como éste todo se lo debe a la Gran Bretaña, que sabe cumple sus compromisos con mayor lealtad que Teherán, donde nadie tomaría en serio su soberanía, corriendo hartos riesgos de perderla, con la cabeza además, su fidelidad es inmovible.

Con la aparición de las riquezas petrolíferas en el archipiélago, el gobierno iraníano, que a regañadientes había soportado tales compromisos realizados a sus espaldas, viene

propugnando, cada vez con mayor ímpetu, la reversión de su soberanía a la corona de Teherán, constituyendo éste uno de los objetivos más constantes de la política nacional. Halla ayuda incondicional para ello en la Unión Soviética, la cual, interesada por adueñarse de los yacimientos del norte del país, empuja gustosamente las ambiciones de éste hacia el Sur, con tanto mayor motivo cuanto que de este modo perjudica los intereses anglo-americanos. En los últimos tiempos, la política iraní, ya desde Gavahn Sultaneh, ha preferido dar a la cuestión un matiz más bien patriótico e idealista que económico. A tal efecto, viendo que en este terreno llevaba las de perder, se ha suscitado un campeón de las pretendidas aspiraciones iranífilas en la persona de Abbas-el-Iskander, que desde Teherán pretende dirigir un movimiento en este sentido, teñido además de sectarismo religioso de la rama «Schiita». Su nacionalismo antibritánico hace evidentemente el juego a los rusos, y, por lo mismo, el gobierno de Teherán lo soporta con mayor o menor eficiencia, según su estado de relaciones momentáneas con Moscú.

Ante la gravedad de la situación y valor inaudito de los intereses en juego, la Gran Bretaña, pese a que con relación a las Bahrein la línea de demarcación petrolífera la permite un disfrute más amplio, prefirió con muy buen acuerdo dar entrada en los intereses locales a la «Standard Oil» en 1934. Es lo que en la U. R. S. S. se denomina «complot anglo-americano contra los pozos del Cáucaso», y aunque no aplacase, sino todo lo contrario, los odios concitados de Moscú y Teherán, consiguió, por lo menos, la neutralidad benévola de los vecinos árabes sauditas. Hoy día las riquezas de las islas se hallan nominalmente en manos de una sociedad especial, la «Bahrein Petroleum», de registro anglo-canadiense, pero con gran participación de la «Standard» y la «Texas» («Caltex»).

Vicisitudes históricas muy semejantes y compromiso final idéntico ofrecen los yacimientos continentales del vecino territorio arábigo de Al-Kuweit. Cuenta con 1.950 millas cuadradas de superficie y una población de unas 100.000 almas, hallándose situado en la más estratégica y peligrosa de las posiciones, en el extremo norte del golfo, casi al lado de la desembocadura del Eufrates y de la actual frontera política de Arabia Saudita y el Irak. El emir local es Sir Ahmed-El-Sabir-Sabah, que gobierna con la supervisión de un agente británico desde 1904. Aquí el peligro procedía para Inglaterra no de Persia, sino del más cercano Imperio Saudita, por lo que se hizo no menos necesaria la colaboración con América. A tal fin se creó una nueva Sociedad, la «Kuweit Oil», en relación con las antedichas, y cuya concesión es válida hasta el año 2011. La aquiescencia, totalmente necesaria *de facto*, de Ibn-Saud, se ganó en el Tratado de Djedda de 20 de mayo de 1927, puramente de no intervención entonces, y su apoyo decidido en el «Joint Defense» de 2 de julio de 1947. Tales adhesiones eran imprescindibles por una circunstancia altamente desventajosa de los yacimientos del golfo pérsico, la de la ausencia de puertos adecuados para la gran navegación que dificulta y encarece el transporte. El mejor de todos, el de Ras Tamura, que sirve a Dahram, sólo admite calados de cuarenta pies, y en todos los demás los transbordos a los barcos cisternas tienen que hacerse en balsas. La construcción de nuevos puertos, costosísimos dadas las peculiaridades de estas bajas costas arenosas, no merece la pena si se tiene en cuenta el gran rodeo que, de todos modos, tienen que dar los barcos rumbo a Occidente, a través de todo el perímetro de la península arábica y del canal de Suez. Por eso la economía de la explotación común anglo-americana de estas regiones se halla íntimamente enlazada a la del trazado del gigantesco oleoducto de la «Tapline», a que ya se hizo refe-

rencia, quizá el acontecimiento de más trascendencia en todo el Oriente Medio y motor de toda su política. Propuso construirlo el gobierno americano, y su ministro del Interior, Ickes, prometió su conclusión en 1950 con la sola condición de que las sociedades asegurasen ciertas cantidades de suministro a las fuerzas armadas americanas bajo precios acordados previamente y vigilancia gubernativa. La «Caltex», celosa de su autonomía, no aceptó, pero no por ello la idea cayó en vacío. Siendo impotente una sola empresa para llevarla a cabo, las americanas y británicas llegaron otra vez a un acuerdo, y así dióse entrada en el asunto de la «Tapline» a la «Anglo-Iranian», con la que, por otra parte, ya estaban ligadas en las explotaciones de Kuwait y las Bahrein, como acaba de verse. La maniobra financiera vulneraba el ya citado acuerdo internacional de la «línea roja» de demarcaciones mediorientales, por lo que no se hicieron de esperar las protestas de Rusia y de Francia. Pese a ellas, las labores se iniciaron en 1947, y piensan terminar en 1950, aunque la campaña palestinese ha retardado bastante los primeros plazos previstos. De todos modos, y es lo que importa para la significación política general, el acuerdo de la «Tapline», sirviendo de complemento a los anteriores, pone un colofón final a la unidad de intereses económicos y, en última instancia, estratégicos, de la Gran Bretaña y los Estados Unidos en la zona arábiga del Medio Oriente.

ANTONIO QUINTANO RIPOLLÉS

ARMSTRONG: *Ibn-Saud Lord of Arabia*. Londres, 1929.

BREMOND: *L'Hedjaz dans la guerre mondiale*. París, 1931.

BRINTON (J. Y.): «The Arabian Peninsula: the Protectorats and shikhsdoms», en *Revue égyptienne de droit intern.* 1947. III.

BROUCKE: *L'Empire arabe d'Ibn Saud*. París, 1928.

CLARK: «Southern Arabia's Mountain Wonderland», en *Geographical Magazine*, noviembre 1947.

- CHEESMANN: *In the Unknown Arabia*. Londres, 1926.
- DONKAN: *Die Auferstehung der Arabia*. Berlín, 1935.
- HURGRONJIE: *Mekka*. La Haya, 1888.
- INGRAMS: *Arabia and the Islands*. Londres, 1943.
- — «Political development in the Hadramaut», en *Internacional affairs*. 1945.
- JARVIS: *The deserts*. Londres, 1947.
- KRAJEVSKI: «La politique anglaise en Arabie», en *Revue de Paris*, marzo 1928.
- LANE POOLE: *Islamic Dinasties*. Londres, 1920.
- LIEBESNEY: «International relations of Arabia: the dependent area», en *The Middle East Journal*. Washington, abril 1947.
- MANZONI: *El Yemen*. Roma, 1936.
- MITTWOCH: *Von Yemen*. Berlín, 1930.
- NAVA: *Il problema dell'espansione italiana ed il Levante islamico*. Roma, 1931.
- PHILBY (Sir John): *Arabia of the Wahabit*. Londres, 1928.
- — *The hearth of Arabia*. Londres, 1928.
- — *Arabian days; a Autobiography*. Londres, 1948.
- ROSSI: *El Yemen, Arabia Felix o Regio Autobiography*. Roma, 1948.
- SERTOLI SALIS: *Riflessi politici del conflitto d'Arabia*. Roma, 1934.
- STARK (Freya): *A Winter in Arabia*. Londres, 1946.
- TOYNBEE: *Survey of International Affairs*. 1934. pág. 221.
- WILLIAMS (K.): *Ibn Saud*. Londres, 1933.
- ZISCHKA: *La lotta per il petroleo*. Milán, 1935.

